

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

It's hard to believe that Easter 2026 is already seven weeks past! Churches were full and families were together for the holiday. But where have we been since that great "holy day?" Tending to life as usual I'm certain. But let's reflect on the "holy day" called Easter which gives rise to holiday traditions.

Easter celebrates Jesus' resurrection from the dead. Most of us are very conscious of the fact that Jesus' resurrection came a great price for him. Obviously, the Son of God needed to die to rise from the grave. Oh, but what a death! Death on a cross cannot be considered lightly in and of itself. But Jesus' death on the cross was purposeful: victory over sin and death. Therefore, Jesus' resurrection is the trophy of that triumph as he bears the marks of his death in his risen body to this day. Jesus risen from the dead is the first sign of triumph over sin and death.

The third sign of triumph over sin and death will be our own resurrection from the dead when God will open our graves and draw us to Himself to live in glory.

But what is the second sign of resurrection triumph over sin and death? Well, we are that sign. The Church throughout the ages is that sign ever since the outpouring of the Holy Spirit upon the Apostles on Pentecost! Jesus our Risen Lord is not some trophy, like a plaster statue, that we take out of storage every year and decorate with Easter flowers. He is living and active in you and me through the power of the Holy Spirit! Sin is still a reality in our world and so is death. So, the final triumph is yet to come. But now we can work with Jesus to win the battles of our day. How so?

Saint Paul to the Corinthians says the gifts of the Spirit are for service; different workings of the Lord given to us from God for some benefit.

Sin and death are menaces which can be overcome by the gifts of the Spirit as we use them in works of service for the benefits of others. Sometimes the triumphs over sin and death are miraculous. But more often the gifts of the Spirit we share in faith with one another are small acts of hope in the face of hopelessness. No one has all the gifts of the Spirit, but together we have them all. Just think, for example, how visitors to our parish for Sunday Mass might find hope if we had parishioners welcoming them to our church for Mass. You don't know where they are from or what is going on in their lives. But they will know where they are and who has given them a bit of hope that day!

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

¡Es difícil creer que ya hayan pasado siete semanas desde la Pascua de 2026! Las iglesias estaban llenas y las familias se reunieron para celebrar las fiestas. Pero, ¿dónde hemos estado desde ese gran «día santo»? Seguramente ocupándonos de la vida como de costumbre. Pero reflexionemos sobre el «día santo» llamado Pascua, que da origen a las tradiciones festivas. La Pascua celebra la resurrección de Jesús de entre los muertos. La mayoría de nosotros somos muy conscientes de que la resurrección de Jesús le costó un gran precio. Obviamente, el Hijo de Dios necesitaba morir para resucitar de la tumba. ¡Oh, pero qué muerte! La muerte en una cruz no puede considerarse a la ligera en sí misma. Pero la muerte de Jesús en la cruz tuvo un propósito: la victoria sobre el pecado y la muerte. Por lo tanto, la resurrección de Jesús es el trofeo de ese triunfo, ya que él lleva las marcas de su muerte en su cuerpo resucitado hasta el día de hoy. Jesús resucitado de entre los muertos es la primera señal del triunfo sobre el pecado y la muerte. La tercera señal del triunfo sobre el pecado y la muerte será nuestra propia resurrección de entre los muertos, cuando Dios abra nuestras tumbas y nos atraiga hacia Él para vivir en gloria. Pero, ¿cuál es la segunda señal del triunfo de la resurrección sobre el pecado y la muerte? Bueno, nosotros somos esa señal. ¡La Iglesia a lo largo de los siglos es esa señal desde el derramamiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles en Pentecostés! Jesús, nuestro Señor resucitado, no es un trofeo, como una estatua de yeso, que sacamos del almacén cada año y decoramos con flores de Pascua. ¡Él está vivo y activo en ti y en mí a través del poder del Espíritu Santo! El pecado sigue siendo una realidad en nuestro mundo, al igual que la muerte. Por lo tanto, el triunfo definitivo aún está por llegar. Pero ahora podemos colaborar con Jesús para ganar las batallas de nuestro tiempo. ¿Cómo? San Pablo, en su carta a los Corintios, dice que los dones del Espíritu son para el servicio; son diferentes manifestaciones del Señor que Dios nos ha concedido para nuestro bien. El pecado y la muerte son amenazas que pueden ser vencidas por los dones del Espíritu cuando los usamos en obras de servicio para el bien de los demás. A veces, los triunfos sobre el pecado y la muerte son milagrosos. Pero con mayor frecuencia, los dones del Espíritu que compartimos en la fe unos con otros son pequeños actos de esperanza frente a la desesperanza. Nadie tiene todos los dones del Espíritu, pero juntos los tenemos todos. Piensen, por ejemplo, en cómo los visitantes de nuestra parroquia para la misa dominical podrían encontrar esperanza si tuviéramos feligreses que los recibieran en nuestra iglesia para la misa. No saben de dónde vienen ni qué está pasando en sus vidas. ¡Pero ellos sabrán dónde están y quién les ha dado un poco de esperanza ese día!

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR**

REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR



MARÍA AUXILIADORA Y EL ESPÍRITU QUE DA VIDA A LA IGLESIA

Querida Familia de Nuestra Señora de la Paz:

En este día, que celebramos la Advocación de María Auxiliadora, el corazón creyente se llena de gratitud y esperanza. La Iglesia contempla a la Virgen Santísima bajo esta advocación tan amada, promovida profundamente por San Juan Bosco, quien vio en María una Madre cercana, protectora de los jóvenes, consuelo de los débiles y fuerza de los cristianos en tiempos difíciles. Mucho antes, la fe del pueblo cristiano ya había experimentado la poderosa intercesión de la Virgen en momentos decisivos de la historia, especialmente al recordar cómo, tras acontecimientos que marcaron profundamente a la cristiandad, los Papas impulsaron con renovado fervor la confianza en María y el rezo del Santo Rosario como expresión de auxilio, protección y gratitud. María sigue siendo para nosotros la Madre que acompaña a la Iglesia peregrina y que, silenciosamente, conduce siempre hacia Jesucristo.

La solemnidad de Pentecostés nos recuerda una verdad fundamental: sin el Espíritu Santo, la Iglesia no tendría vida. No sería más que una organización humana, con estructuras, actividades y normas, pero sin alma, sin fuego, sin fuerza interior. El Espíritu Santo es el gran protagonista oculto de la vida cristiana. Está en el origen de la Iglesia, en su misión, en sus sacramentos, en la oración, en el discernimiento, en la conversión y en la capacidad de amar. Está en todo y para todo. Allí donde hay reconciliación verdadera, fortaleza en medio del sufrimiento, perdón sincero, esperanza en la oscuridad o deseo de santidad, allí está obrando el Espíritu de Dios.

En Pentecostés, los discípulos estaban encerrados por miedo, heridos interiormente, confundidos y sin claridad sobre el futuro. Pero cuando el Espíritu descendió sobre ellos, todo cambió: el temor se convirtió en valentía, el encierro en misión y la tristeza en anuncio gozoso. La Iglesia nace precisamente cuando el Espíritu transforma corazones débiles en testigos valientes.

San Pablo nos recuerda además que el Espíritu distribuye diversos dones, carismas y servicios. No todos somos iguales, pero todos somos necesarios. El Espíritu no divide; une. No uniforma; armoniza. Una parroquia verdaderamente viva no es aquella donde unos pocos hacen todo, sino aquella donde cada bautizado descubre que tiene algo que ofrecer: una palabra, un servicio, una oración, una entrega silenciosa.

El Evangelio nos muestra a Cristo resucitado entrando en medio del miedo y diciendo: “La paz esté con ustedes”, para luego soplar sobre los discípulos y regalarles el Espíritu Santo. Es profundamente significativo: Jesús no abandona a su Iglesia. Cuando parece que todo está roto, cuando el cansancio, las heridas, las divisiones o la indiferencia amenazan la fe, Él sigue soplando su Espíritu sobre nosotros.

Pidamos a María Auxiliadora que nos enseñe a ser dóciles al Espíritu Santo. Que no vivamos una fe fría, rutinaria o superficial, sino una fe llena de fuego interior, capaz de renovar nuestras familias, sanar nuestras heridas y devolverle a nuestra comunidad la alegría de caminar con Cristo resucitado. Porque donde está el Espíritu Santo, allí siempre renace la vida.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR

Dear Our Lady of Peace Family:

On this day, as we celebrate the title of Mary Help of Christians, the believing heart is filled with gratitude and hope. The Church contemplates the Blessed Virgin under this beloved title, deeply promoted by Saint John Bosco, who saw in Mary a Mother who is close, protector of the young, comfort of the weak, and strength of Christians in difficult times. Long before, the faith of the Christian people had already experienced the powerful intercession of the Virgin in decisive moments of history, especially in remembering how, after events that deeply marked Christianity, the Popes renewed with fervor the trust in Mary and the praying of the Holy Rosary as an expression of help, protection, and gratitude. Mary continues to be for us the Mother who accompanies the pilgrim Church and who, silently, always leads us to Jesus Christ.

The Solemnity of Pentecost reminds us of a fundamental truth: without the Holy Spirit, the Church would have no life. It would be nothing more than a human organization, with structures, activities, and rules, but without soul, without fire, without inner strength. The Holy Spirit is the great hidden protagonist of Christian life. He is at the origin of the Church, in her mission, in her sacraments, in prayer, in discernment, in conversion, and in the capacity to love. He is in everything and for everything. Wherever there is true reconciliation, strength in the midst of suffering, sincere forgiveness, hope in darkness, or a desire for holiness, there the Spirit of God is at work.

At Pentecost, the disciples were locked away in fear, inwardly wounded, confused, and uncertain about the future. But when the Spirit descended upon them, everything changed: fear became courage, isolation became mission, and sadness became joyful proclamation. The Church is born precisely when the Spirit transforms weak hearts into courageous witnesses.

Saint Paul also reminds us that the Spirit distributes different gifts, charisms, and ministries. We are not all the same, but we are all necessary. The Spirit does not divide; He unites. He does not make everyone identical; He brings harmony. A truly living parish is not one where only a few do everything, but one where every baptized person discovers that he or she has something to offer: a word, a service, a prayer, a silent act of self-giving. The Gospel shows us the Risen Christ entering into the midst of fear and saying, "Peace be with you," and then breathing upon the disciples and giving them the Holy Spirit. It is deeply meaningful: Jesus does not abandon His Church. When everything seems broken, when weariness, wounds, divisions, or indifference threaten faith, He continues to breathe His Spirit upon us.

Let us ask Mary Help of Christians to teach us to be docile to the Holy Spirit. May we not live a cold, routine, or superficial faith, but a faith filled with inner fire, capable of renewing our families, healing our wounds, and restoring to our community the joy of walking with the Risen Christ. For where the Holy Spirit is, life is always reborn